Erelidia, un día para irse
A day to go

Se veía ya el otoño en las hojas de los árboles, en la tamizada luz de los amaneceres y en el airecillo que tibio acariciaba. A lo largo y ancho de los paisajes, la quietud era total y el silencio rotundamente apagado. Ni siquiera las torcaces revoloteaban ni entre las zarzas, los mirlos se alborotaban. Como si todo, en los paisajes y por el lugar, esperara o estuviera anunciando un especial acontecimiento.

Por delante de la desconchada casa, sereno y claro bajaba el chorro del agua que por el río se iba. Al frente de la casa y al otro lado del cauce, se veía la ladera y, por la espesura del bosque, la senda. Siguiendo este viejo y ya casi desaparecido camino, bajaba él. Solo, en silencio, dejándose acariciar por el leve, fresco y perfumado airecillo y gustando en su espíritu las sensaciones del encuentro. Volvía después de muchos, muchos años y por eso sabía que ya a nadie conocido iba a encontrar por el lugar. Todos y más aún los suyos, estaban lejos no sólo de estos terrenos sino también de este mundo. Creía que ahora se encontraban en un lugar hermoso y abrazados por el creador del universo.

Recorrió los últimos metros de la senda antes de que ésta se encontrara con el río. Se tropezó con la pequeña llanura en el terreno y aquí descubrió, esparcidas como en una inteligente planificación, las quince o veinte encinas. Todas verdes, con troncos añosos y arropando con su follaje la fértil tierra de la llanura. Se fue derecha la encina más poderosa. La que crecía más próxima al río y tenía el tronco grueso y retorcido. Quiso pararse aquí y sentarse junto a este árbol pero al llegar, solo apoyó sus manos en los nudos del tronco, miró y respiró hondo.

Saboreó el momento de las muchas mañanas, tardes y días vividos por aquí junto a la hermana, hacía años, muchos años. En su corazón se avivaron las emociones de aquellos días y se puso triste. Tan triste y melancólico que en la garganta se le hizo un nudo y por las mejillas le rodaron las lágrimas. Miró para el río a sólo unos metros y vio, al otro lado del cauce, la casa. Siguió.

Cruzó las aguas, no muchas, muy claras y poco a poco se fue acercando a la casa. Ni siquiera la reconocía porque en nada se parecía a lo que en su mente guardaba. Lo que ahora estaba viendo, eran solo paredes desconchadas, trozos de tejas y piedras de estas paredes esparcidas cerca y zarzas creciendo en lo que en otros tiempos fueron salas y habitaciones. Al llegar se fue para la parte de atrás y se encontró con la gris y alargada piedra. La que en otros tiempos sirvió de asiento para largos ratos de charla con los suyos y conocidos. Recordó algunas de las palabras de la abuela:
- En la vida, hijo mío, cuando se llega a mi edad, nos sobra todo. Solo apetece la caricia del aire, oír el rumor de las aguas del río, aspirar el aroma de los montes y dejar que el espíritu se prepare para el gran encuentro. Para el amoroso abrazo con el creador y el encuentro con la paz y el gozo. Esto es de verdad, lo único valioso y de valor eterno. Para siempre, sin fin.

Y sintió, a recordar estas palabras como un beso en sus mejillas y elevó sus ojos al cielo. Estaba algo nublado, seguía fresco el viento y las ramas de los árboles se mecían lentas. Dio unos pasos, se acercó al manantial, a la cristalina y bellísima fuente que brotaba con la misma o más armonía que en aquellos días.

A borbotones salía el agua de la tierra, se remansaba en la pequeña balsa rodeada de poleo y mastranzo y luego rebosaba y corría hasta el río. Se agachó, lavó sus manos, bebió unos tragos y recordó el nombre de este venero: “Erelidia”. Miró al río, al frente, a las ruinas de la casa y en su interior susurro: “El día, el momento, estos lugares, la naturaleza, el airecillo, el color del cielo y la quietud… parece como si todo estuviera preparado para que me vaya. Un marco, clima y momento tan bello, misterioso, íntimo y profundo que solo parece eso, un día para irse.